

DISCURSO INAUGURAL

leído en el Seminario Conciliar de San José

DE PALENCIA

POR D. EMILIO ROMÁN TORÍO

Profesor de Lengua Hebrea del mismo Seminario

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1895-96.



PALENCIA

Imp. y Lib. de Abundio Z. Menéndez

1895.

G-F 4239

D600
A

DISCURSO INAUGURAL

L.69919
C.1097608

DISCURSO INAUGURAL

leído en el Seminario Conciliar de San José

DE PALENCIA

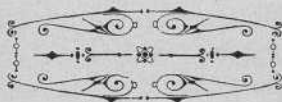
POR D. EMILIO ROMÁN TORÍO

Profesor de Lengua Hebrea del mismo Seminario

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1895-96.



PALENCIA

Imp. y Lib. de Abundio Z. Menéndez

1895.



R.57414



DISCURSO INAUGURAL

LEIDO EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE SAN JOSÉ

de **Palencia**

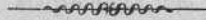
POR DON EMILIO ROMÁN TORÍO

PROFESOR DE LENGUA HEBREA DEL MISMO SEMINARIO

en la solemne apertura del curso académico

DE

1895-96.



ILMO. SEÑOR:

Hace treinta y tres siglos, cuando la humanidad, apartándose de las tradiciones primitivas, obscurecía su razón con los más crasos errores, cuando el saber, patrimonio de contadísimos individuos de la gran familia humana, se ocultaba bajo el velo de simbólicas figuras; cuando la ciencia, pobre en aquellos días de la humanidad, se escondía en las sombras del misterio, como si temiera ser acusada de falsedad, un hombre de humilde cuna, de escasa instrucción, sobreponiéndose á todos los hombres de su tiempo, escribe un libro, monumento de todas las generaciones. En él, remontándose al principio de los tiempos, da cuenta del origen de las cosas; en él describe el idilio más tierno que poeta alguno ha podido jamás inventar, haciéndonos asistir á la aurora de la existencia, á los primeros albores de la vida; en él empieza la gran epopeya del mundo y del hombre.

Otros libros escritos por individuos de la misma nación en el espacio de quince siglos, continúan esa gran epopeya y constituyen el patrimonio de un pueblo, que rico y feliz un tiempo, vive hoy sin patria ni hogar, mezclado con todos los pueblos sin confundirse con ninguno, sin obtener el amor de los hombres, antes bien el odio y el desprecio, porque lleva en su frente una señal de maldición marcada con la sangre del Justo, que derramó sobre la cumbre del Gólgota.

En el siglo primero de nuestra era, nuevos libros dan cuenta de la grande obra del amor de Dios, que anunciada desde los primeros días de la humanidad, debía tener su cumplimiento en la plenitud de los tiempos. Y por fin, para que nada faltase á ese libro maravilloso, para completar la grande epopeya del mundo y del hombre, otro hombre también de humilde origen, sin más instrucción que la necesaria para dirigir una frágil barquilla, y echar una red con que atender á su subsistencia, escribe la página final de ese libro sublime. El Génesis es el idilio de la infancia del mundo y del hombre; el Apocalipsis es el himno fúnebre del hombre y del mundo. Moisés narra la creación de las cosas, hace percibir los primeros latidos de la vida á impulsos del soplo creador de la divinidad: San Juan nos presenta las últimas palpitaciones de la naturaleza, los últimos momentos de un moribundo, y entona triste elegía á la gran catástrofe, que tendrá lugar al fin de los tiempos.

Tal es la Biblia, conjunto de libros escritos por los hebreos, único pueblo que viviendo en medio del paganismo no se contaminó con los funestos errores que obscurecían todas las inteligencias. Libro por excelencia, libro que se ha conservado intacto en medio de la acción destructora de los tiempos; libro que habiendo pasado en su mayor parte por todas las vicisitudes del pueblo que le poseyera, ha llegado á nuestras manos como salió de las de Dios, su principal autor. En él los poetas, los sabios y los profetas de Israel nos dan á conocer la acción bienhechora de Dios sobre la humanidad; ya nos le presentan rodeando de exquisitos cuidados á su criatura privilegiada, para que no sucumba en los primeros días de su niñez; ya vigilando el despertar

de la razón, para que el error no sienta en el hombre su inmunda planta; ya dispuesto á vengar los crímenes de la criatura prevaricadora; ya generoso otorgando un perdón paternal; finalmente el Apocalipsis nos le presenta cansado de esperar sin resultado el triunfo del bien sobre la tierra, descargando todo el furor de su ira reconcentrada por espacio de tantos siglos, y haciendo desaparecer al hombre y al mundo para no volver más. La Biblia nos presenta el nacimiento, desarrollo y muerte de la humanidad, como nosotros asistimos continuamente al nacimiento, desarrollo y muerte de sus individuos.

Ella nos dice como el hombre, después de recibir de manos del Creador los más preciados dones, no tarda en poner sus facultades espirituales al servicio de un impostor que se propone perderle, y al prestar su consentimiento al pecado, ve el primer ceño de Dios y recibe el primer castigo, que abraza á toda su descendencia. Pero el castigo que recibe el primer hombre va acompañado de una promesa consoladora, única que puede hacerle llevadera su propia miseria.

Después de la primera culpa, Dios prepara los acontecimientos para hacer más necesaria la grande obra de su amor. En medio de la corrupción universal, separa un hombre del resto de los mortales; descendiente de padres prevaricadores, le conserva puro del contagio que invadía á las sociedades humanas, y con ese hombre forma un pueblo á quien hace depositario de sus promesas, y en cuyo seno ha de desarrollarse el sangriento drama de la redencion. La historia de ese pueblo, las relaciones de Dios con él, ya presentándole como padre cariñoso, como señor ofendido, ó como juez vengador, está contenida en los libros del A. T. Dios cumple su palabra; el Redentor viene al mundo y se ofrece al sacrificio de la Cruz, lavando con su sangre la mancha del pecado y enseñando á los hombres el camino de la eterna felicidad. He aquí el objeto del N. T.

Todo es completo en este libro admirable, nada falta en él; es un compendio detallado de la historia de la humanidad, pero con la diferencia, que así como las historias hechas por los hombres solo se ocupan de la vida material, por decir-



lo así, y narran los acontecimientos á medida que suceden, la Biblia es la historia de la vida espiritual, de la vida del alma, y está escrita hace muchos siglos.

De aquí podemos deducir la importancia de ese libro, que no tiene igual entre los libros de los hombres. Grande es la que se ha concedido á los libros de la antigüedad; en ellos se ha querido encontrar una cosmogonía aceptable, que opener á la de Moisés, pero los esfuerzos de los hombres, se han estrellado ante la palabra de Dios. En ellos se encuentran mezclados los dioses y los hombres, hacen á los dioses humanos y á los hombres divinos, destruyen la inmensa distancia, que naturalmente existe entre Dios y el hombre, y desaparece la idea del verdadero Dios. De esta manera nacen los dioses del paganismo, que forjados por la imaginación del hombre, no inspiran temor, respeto ni amor, pues son obras de sus manos, la religión pierde su caracter dívino y se compone de prácticas absurdas, que sancionadas por un entendimiento apartado de la verdadera luz, sólo sirven para excitar en el hombre las pasiones y divinizar sus vicios.

El que ha enseñado á la humanidad su origen y su destino final, ha sido el libro por excelencia, el libro que no tiene semejante, porque los demás son hijos de la imaginación más ó menos exaltada del hombre; este es la obra de un Dios. En este los hombres han prestado un concurso secundario, expresando no sus propias ideas y sentimientos, sino los sentimientos y las ideas de Dios.

Fácil será comprender cuan importante sea el estudio de este libro, siendo tan importante el libro mismo. Contando, pues, con vuestra benevolencia, permitidme os haga una breve reseña de los estudios Bíblicos, para deducir una consecuencia legítima, que ahora os parecerá bastante lejana, á saber: la importancia de la lengua hebrea como auxiliar de los Estudios escriturarios.

I.

Al hablaros de la importancia de los estudios bíblicos, no quisiera que os ofendieran mis palabras, ni las tomarais como

desprecio de una ciencia digna de toda nuestra consideración y respeto y que debe ocupar el primer lugar en nuestros estudios; hablo de la Teología. Pero es necesario que nos rindamos á la evidencia de los hechos y no nos dejemos alucinar por falsas apariencias.

Hoy no se niega un dogma de fe, ó una verdad moral, como se hacía en los primeros días de la Iglesia, ó en los siglos medievales. En esas dos épocas, no se negaba el carácter divino de las Sagradas Escrituras; el origen de las herejías era la mala interpretación del texto sagrado, lo que era causa de que la controversia versara acerca de la inteligencia y sentido del texto en cuestión. Hoy no se niega un dogma aislado, se niegan todos á la vez, porque se pone en duda el fundamento de ellos. Los racionalistas afirman que esos libros son obra de los hombres y no merecen más autoridad, que la que se concede á cualquier otro libro.

Nuestra conducta en las actuales circunstancias está bien determinada. Ya que no podamos ponernos al frente del movimiento científico, sigamos siquiera las huellas de las naciones, que hoy se llaman sabias; sigamos su ejemplo, cultivando los estudios á que dan la preferencia, que son los escriturarios, no por desprecio á la Teología, sino porque la Teología es un cuerpo completo de doctrina, que no necesita nuevos argumentos para sostenerse; lo que necesita es que se afirme su base, que los argumentos que aduce en su favor, estén sancionados por la palabra divina, que sean la misma palabra de Dios que no puede engañarse ni engañarnos: «*Illud antem maxime optabile est et necessarium, ut ejusdem divinæ Scripturæ usus in universam theologiæ influat disciplinam ejusque prope sit anima:*» (1) A esto conducen los estudios bíblicos.

Los ataques de los incrédulos no se dirigen al dogma en particular, por que saben, que si logran el objeto de sus investigaciones científicas, el dogma vendrá á tierra por sí solo: saben, que si consiguen socavar los cimientos, el edificio se derrumba, sin que haya poder que le sostenga, y por eso minan las Sagradas Escrituras, apelando á cuantos medios están á su alcan-

(1) Encíclica «*Providentissimus Deus*» *De Studiis Scripturæ Sacræ.*



ce, para despojarlas de su autoridad. Niegan desde luego su origen divino y para sostener su tesis, se acogen á las ciencias físicas naturales y exactas; á las del raciocinio y á las de los hechos; á la filología, arqueología; en fin, á todas las ciencias á que hoy rinde tributo la inteligencia del hombre. Todo lo ponen á contribución para probar su aserto. En cualquier pasaje se les antoja un error científico, filológico, filosófico; todas son contradicciones y anacronismos; unos autores sagrados aprueban, lo que ha sido reprobado por otros; un mismo autor afirma en un pasaje, lo que acaba de negar en el anterior; los hechos históricos no concuerdan con los datos, que suministran los monumentos, inscripciones y libros antiguos. Nuestros esfuerzos, pues, deben dirigirse á deshacer esas objeciones, fundadas en falsos supuestos unas, en aventuradas hipótesis otras. Esa es la opinión de los verdaderos sabios, esa es la opinión de los que trabajan en defensa de la religión cristiana, esa es la opinión también del sabio pontífice, que felizmente rige los destinos de la Iglesia. En su encíclica «*Providentissimus Deus*». *De Studiis Scripturæ Sacræ*, cita las siguientes palabras de Santo Tomás: *Si vero adversarius nihil credat eorum quæ divinitus revelantur, non remanet amplius via ad probandos artículos fidei per rationes, sed ad solvendum rationes si quas inducet contra fidem*. Al enemigo debe combatirsele de frente, pues arguye cobardía y traición buscarle la espalda. El terreno en que se nos reta es el de la Biblia, á él debemos descender para medir nuestras fuerzas; no se diga, que los que creemos estar en posesión de la verdad, no nos atrevemos á descender á la arena por temor á la derrota.

Pero es necesario deslindar campos y penetrarnos bien de lo que es hoy la exégesis bíblica, muy distinta de lo que fué en los primeros siglos de la Iglesia y en la Edad Media. Los Santos Padres y escritores de los primeros siglos interpretaban las Sagradas Letras más para alimentar la piedad de los fieles, que para defenderlas de enemigos, que no existían. La lectura de la Biblia por parte de los fieles, hacía necesaria la aclaración de los varios sentidos del texto, para evitar el error, ó la mala inteligencia. Por otra parte, las objeciones que les oponían eran casi nulas, pues no se conocían las ciencias, la lengua misma en que estaban escritos los libros del A. T.,

hacia algunos siglos que no se hablaba, y solo la conservaban los judíos para las ceremonias de la Sinagoga, adulterada con palabras de la lengua que hablaron después de los setenta años de cautiverio.

Todo parece que se oponía á la interpretación científica de los Sagrados Libros. Los mismos errores que hubieron de combatir los Padres, se referían al dogma y esto sin despojar á la Biblia de su carácter divino: de aquí que sus trabajos se dirigieran á demostrar, que la Iglesia no inventaba los dogmas que proponía á los fieles, sino que habían sido revelados por Dios.

Cuando el imperio romano, carcomido por sus propios vicios, cayó para no levantarse más, la barbarie más espantosa se apoderó de la Europa entera, y lo que pudo salvarse del naufragio universal, se refugió en los monasterios. Sabido es, que una de las ocupaciones de los monges fué la copia de manuscritos, pero solo de tarde en tarde aparecía algún hombre de saber. Para no molestaros, suprimiré circunstancias de todos conocidas, que harían demasiado largo este discurso.

La exégesis de la edad media siguió las huellas de la época anterior, concretándose á explicar los diversos sentidos del texto, para defender los dogmas contra las sectas heréticas. La obra monumental de esa edad fué la compilación de los trabajos de los Padres, trabajos aislados, que emprendían al aparecer las herejías, y con estos y los de los teólogos que precedieron al siglo XIII, llegó á formarse en este siglo un cuerpo completo de doctrina, que conocida con el nombre de Escolástica, es la gloria de la Iglesia en esta edad.

Para que la exégesis bíblica llegara al estado actual, era necesaria una revolución completa en las ideas, era preciso que la razón humana tascara el freno de la revelación y se declarara independiente. La revolución empezó, cuando al caer el imperio de Bizancio á los golpes de los sectarios de Mahoma, los griegos se refugiaron en Occidente y esparcieron ó hicieron nacer los estudios de los clásicos antiguos y de los filósofos griegos. Los nuevos estudios enardecieron las inteligencias apartándolas de la verdadera filosofía, que fué sustituida por el sofisma; las costumbres paganas se mezclaron con las cristianas y solo se necesitaba un hombre, que diera

el primer paso, para seguirle los demás. Ese hombre no faltó. Lutero dió el grito de rebelión, que fué contestado con entusiasmo por todos los que tenían pasiones que satisfacer, ó vicios que justificar. La Biblia se oponía á las nuevas doctrinas y costumbres, pero el libre examen proporcionó el medio de sancionar los errores y los vicios de los innovadores. Desde entonces, la exégesis bíblica tomó un nuevo carácter; cada sistema, cada secta encontraba apoyo en las Sagradas Letras, para defender sus absurdas teorías. El resultado inmediato de todo esto fué el de atribuir á la Biblia tantos sentidos, cuantas eran las pasiones que dominaban á la nueva raza de intérpretes. De aquí, las innumerables sectas protestantes todas fundadas en la interpretación de las Escrituras. Una consecuencia legítima se desprendía de todo esto; teniendo cada uno el derecho de interpretar la Biblia á su manera, suprimiendo lo que se oponía abiertamente á sus teorías, y alterando lo que implícitamente condenaba sus costumbres, lo más lógico era negar su autoridad divina, é inventar la religión al capricho de cada individuo. El judío Espinoza, odiado de propios y extraños, fué el primero que en el último tercio del siglo XVII, negó el orden sobrenatural y suprasensible y despojó á la Biblia de su carácter divino. Su libro *Tratado Teológico-Político* fué mirado con desprecio en lo restante del siglo XVII y principios del XVIII; pero la mala semilla sembrada en él llegó á desarrollarse, á lo que contribuyeron en gran manera los enciclopedistas del pasado siglo.

Desde esta época la exégesis bíblica fué tomando el carácter que ahora tiene. (1) A medida que se desarrollaron las

(1) Lutero al proclamar el principio del libre examen, echó los cimientos del racionalismo, el cual le reconoce como padre. Strauss se llama á sí mismo continuador de la obra de Lutero. Los protestantes partiendo del principio supremo, que cada uno debía interpretar la Biblia según las luces interiores que le comunicara el E. S llegaron á adorar la Biblia, defendiendo como lo hizo Nitsche, que no era una criatura sino el mismo Dios. La importancia exclusiva atribuida á la Biblia por la reforma, debía producir como todo lo que es exagerado, una reacción en contra y á la bibliolatría fué sucediendo poco á poco la indiferencia y después la irreligión, á lo que contribuyó no poco Federico de Prusia con su ejemplo. Empezaron entónces á escribirse en Alemania obras en

ciencias, los racionalistas echaron mano de ellas para combatir la Biblia. La interpretación se redujo á meras fábulas, ni más ni menos que la mitología griega. En 1807 De Wette publicaba los primeros trabajos sobre la interpretación mítica del A. T., y á continuación Strauss hacía los primeros ensayos, para reducir á fábulas inventadas por la imaginación

que se combatían los Libros Santos, pero sin atreverse á presentar de frente las cuestiones, cuando aparecieron los *Fragments de Wolfenbüttel*. La primera parte de los célebres fragmentos fué publicada en 1774, y puede decirse, que fueron el principio de los ataques serios y razonados contra la Biblia. Lessing empezó con la publicación de los citados fragmentos la obra de destrucción, que más tarde había de terminar Strauss. A partir de los trabajos de Lessing, que había aceptado la mayor parte de las teorías panteistas de Spinoza y sobre todo su irreligión, fueron innumerables las obras que se escribieron principalmente en Alemania combatiendo la autoridad de las Escrituras, hasta el punto de negarlas la consideración que se tiene á toda obra de los hombres. Después de negar la divina inspiración, era necesario siguiendo las teorías de Spinoza y Kant sobre la religión natural y la moral independiente, negar también la posibilidad de los milagros. Eichhorn (1752-1827) se encargó de la ejecución de este proyecto, aunque habían precedido algunos trabajos de Reimarus Semler en 1760 había explicado naturalmente algunos milagros del N. T. Eichhorn adoptó los principios acomodaticios de Semler y explicó los milagros del A. T. por metáforas y locuciones orientales. Estos prepararon el camino al Dr. Paulus que aprovechándose de los trabajos anteriores escribió sus *Comentarios á los Evangelios* y la *Vida de Jesús* que sirvió de norma á Strauss para su *Nueva Vida de Jesús*. De Wette discípulo de Paulus emprendió sus trabajos en 1707 para reducir á mitos los libros del A. T. y de 1808-1860 terminó Strauss la grande obra de Lutero con la interpretación mítica del N. T. El *Manual exegetico* de De Wette y la *Vida de Jesús* de Strauss abrieron el camino á las teorías absurdas que siguieron á estos escritos Schmidt quiso aplicar al A. T. la filosofía de Wolf y Sallet aplicó al N. T. la filosofía de Hegel en su obra *Evangelio de los láicos* publicada en Leipzig en 1842. Feuerbach en 1841 publicó su libro *La Esencia del Cristianismo* que es la aplicación completa del sistema Hegeliano tratando de probar su principio supremo *Homo sibi Deus*. La escuela de Tubingia desde 1867 continuó los trabajos racionalistas y formó en Alemania tantas opiniones sobre la Biblia, como partidarios tiene el racionalismo. Hoy el racionalismo continúa por el camino trazado por Strauss y De Wette distinguiéndose entre los que se han dedicado á esos escritos Wellhausen llamado con razón el porta-estandarte del racionalismo contemporáneo.



siempre exaltada de los orientales, el N. T. Nada han perdonado los racionalistas para demostrar la no existencia de la revelación. Apenas empezaba á formarse una ciencia, cuando carecía aún de principios ciertos, y sólo presentaba hipótesis imposibles por entonces de sostener, ya ponían la nueva ciencia al servicio de su causa. Los católicos hubieron, pues, de abandonar el camino que seguían y entraron á luchar en el nuevo palenque. Tal es el estado actual de la exégesis bíblica: muchos son los conocimientos que requiere; pero entre todas las ciencias que es necesario cultivar, ocupa el primer lugar la lengua y filología hebrea.

II.

Muchas razones podría aducir para demostrar la importancia del hebreo, como poderoso auxiliar de la exégesis bíblica; pero á fin de no molestaros demasiado, las reduciré á las menos posibles. Para nosotros debiera bastarnos la palabra del Jefe supremo de la Iglesia, que en la citada encíclica, hablando de los conocimientos que deben poseer los maestros de Sagrada Escritura, y las ciencias que deben cultivar sus discípulos, dice que en primer lugar conviene se dediquen al estudio de las lenguas orientales antiguas, principalmente las que componen el grupo conocido con el nombre de semíticas. Desciende más y concede la preferencia al hebreo. La razón es, que debemos conocer la lengua en que fueron escritos los libros del A. T. por la importancia que siempre tienen los originales. (1)

Qué valor tengan para el exégeta los textos originales, no merece discutirse. Entre las versiones y el original la prefe-

(1) Est primum in studio linguarum veterum orientaliun simul que in arte quam vocant criticam. Utriusque rei scientia cum hodie in magno pretio el laude sit clerus... Ergo Sacre Scripturæ magistris necesse est atque theologos addecet, has linguas cognitatas habere. quibus libri canonici sunt primitus exarati ab agiographis, easdemque optimum factum erit, si colant alumni Ecclesiæ. «*Providentissimus Deus*» *De studiis Scripturæ Sacrae.*

rencia está siempre en favor del original (1). Todos sabemos los inmensos trabajos llevados á cabo, para llegar al conocimiento perfecto de las lenguas de los clásicos antiguos. Se han hecho excelentes traducciones de Homero, Virgilio, Horacio y demás escritores célebres de Grecia y Roma; y sin embargo, los verdaderos amantes de la literatura, los que han querido saborear las bellezas de los clásicos antiguos, han rechazado las traducciones y se han acogido á los textos originales, único lugar donde se encuentran las bellezas literarias.

El exégeta, por mucha autoridad que conceda á las versiones, siempre le quedará la duda de que esté bien hecha; porque todas las lenguas tienen modismos propios, imposibles de traducir á otra lengua. Un autor puede emplear una misma palabra, para expresar sentimientos encontrados, que el traductor quizá no percibió; esto no puede salvarse sin conocer la lengua del autor, la única solución es necesario buscarla en la filología, comparando entre sí los diversos lugares en que se encuentra la palabra, ó acudiendo, si es necesario, á la filología comparada de las lenguas afines. La duda, que naturalmente nace en el exégeta de que la versión esté bien hecha, sube de punto, al considerar las innumerables variantes que hay en cada texto de la Biblia, variantes, que pueden facilmente reducirse á la unidad de lectura, consultando los textos originales.

Después de los trabajos llevados á cabo por Rossi, para demostrar la integridad del texto sagrado, es necesario confesar, que si bien no hay alteraciones esenciales, no faltan algunas de menor importancia, debidas á los copistas, aunque estos fueran judíos. Es cierto, después de las investigaciones hechas, que los judíos han conservado con más pureza el texto original; pero un descuido por parte del copista es muy fácil, y mucho más, tratándose de un libro escrito en una lengua, que no se habla hace tantos siglos, y cuyos copistas estaban familiarizados con otra afin, en que muchas palabras varían sólo en alguna letra. Que hay alteraciones

(1) Toda la preferencia que en estas líneas se concede al original sobre las versiones, ha de entenderse en el sentido de que, las objeciones filológicas se resuelven, no por las versiones sino por el original.

debidas á los copistas es indudable. Ejemplo tenemos en el Salmo XXXVII según el hebreo. Este salmo consta de veintidos estrofas, cada una de las cuales empieza por una letra del alefato, siguiendo el orden regular. La estrofa 16, en lugar del *Ayin* que la corresponde, tiene un *Lamed*. Comparando el hebreo con la versión de los LXX, parece que faltan dos palabras, pero examinando bien el texto, es más fácil resolver la cuestión, atribuyéndolo á un error de copia. Según el texto hebreo actual dice: *in æternum custodientur*, en cuyo caso la estrofa ni empieza con sentido, pues sigue: *et semen impiorum peribit*, ni tampoco por el *Ayin* que corresponde á dicha estrofa. Para ello es necesario que diga: *Injusti puniuntur*, como vertieron los LXX, lo que se obtiene, suprimiendo el *Lamed*, que no corresponde á la construcción, y cambiando el *Resch* por *Daleth*, que pudo confundir el copista por su gran parecido. De esta manera se obtiene el alefato completo, lo que no sucede en el primer caso y debemos suponer, que el autor, al componer el salmo, no incurriera en tamaño error. La lectura, pues, debe ser: *Avilim mismadú*. en lugar de *Leholam mismarú*.

Otra de las razones, la más importante que hace necesario el estudio del hebreo, es que muchas de las objeciones, que oponen los racionalistas, no pueden resolverse más que por la filología, acudiendo á los textos originales. Cuando empezaron á cultivarse los estudios egiptológicos, los racionalistas opusieron una objeción fundada en los descubrimientos hechos en Egipto, que echaba por tierra la autoridad de Moisés. Examinando las sepulturas reales de Biban el Moluk en Tebas, encontraron la tumba de Menephtha I, el Faraón que persiguió á los israelitas, el cual, según la inscripción del monumento, sobrevivió muchos años á las catástrofes narradas por Moisés en el Exodo. La contradicción es palmaria. Según la Vulgata, Faraón y su ejército perecieron en las aguas del mar Rojo. Esta objeción, que tiende á destruir la autoridad de Moisés y con ella la autoridad divina del Pentateuco, pues se hace incurrir en error á Dios autor principal de las Escrituras, se resuelve facilísimamente por la filología. Dice así el texto hebreo: *Ki bá sus Parhó beribkó ubepharaschav bayyam*, cuya significación literal parece

ser: *Quoniam ingressus est equus Pharaonis cum curribus suis et cum equitibus ejus in mare*. La cuestión versa acerca de si la palabra *Sus* indica el caballo de Faraón, ó es nombre colectivo, que significa caballería guerrera. La lógica natural y el buen sentido están en favor de la segunda opinión, pues además de ser preferible la caballería, para perseguir á un enemigo que se halla á gran distancia, es inverosímil, que en el ejército de los egipcios, no hubiera más caballo que el de Faraón, cuando eran los egipcios los que se distinguían en la guerra, precisamente, por la caballería. Por otra parte, en un hecho de tanta transcendencia, parece extraño que Moisés cite al caballo y no al mismo Faraón. Pero no se necesita acudir á estas razones para resolver la cuestión, la palabra *Sus* singular se encuentra, como colectivo, en el Denternomio, cap. XVII y XX; en el cap. XI del libro de Josué; en el cap. XVIII del libro 1.º de los Reyes, y en el VII del segundo. Gesenius, nada sospechoso para los racionalistas, dice en su *Thesaurus Philologicus*: «*Sus* singular se usa como colectivo, significando caballería guerrera, en el Exodo cap. XIV y XV» (1). Siendo, pues, la significación *Quoniam ingressus est equitatus Pharaonis cum curribus ejus et cum equitibus suis in mare*, como habían traducido los LXX; se infiere, que Moisés no habla de la persona de Faraón y si sólo de su ejército. La objeción está resuelta. Menaphtha I pudo sobrevivir á la catástrofe del mar Rojo, todo lo que quiera la tumba de Tebas y los racionalistas.

Wellhausen, el porta-estandarte del racionalismo contemporáneo, después de agotar todos los recursos para negar la autenticidad del Pentateuco, opuso una objeción que demuestra hasta que punto los racionalistas, alucinados por el error se ponen en ridículo ante todos los hombres de saber. Después de estudiar la cuestión y no encontrando, sin duda, otras objeciones que hacer, se atrevió á decir, que del estudio filológico del primer capítulo del Génesis, se infiere, que este libro fué escrito en los tiempos de la cautividad. Las razones que alega en favor de su tesis son: «Que la primera palabra del *Génesis Bereschith*, es moderna, comple-

(1) Tomo II pág. 942.

tamente desconocida de los antiguos hebreos, que usaron las palabras *Bar isona*, *Battehillah*, más no *Bereschith*. Que el empleo de la palabra *Bará*, para significar la creación *ex nihilo*, supone una cultura filosófica, que no poseyeron los hebreos antes de la cautividad. Cita otras muchas palabras del mismo capítulo, como *tohu*, *vabohu*, *hibdil*, *nibdal*, *raquiya*, *yammin*, calificándolas de modernas, desconocidas de los antiguos hebreos. Antes de contestar diré, que parece extraño que Wellahusen, que procura sacar partido de todo, haya dejado pasar sin apercibirse, que si el empleo de *Bará* supone bastante cultura filosófica, supone mucho más el examen de los cuatro verbos, *Bará*, *Hasá*, *Yatsar* y *Baná*, usados por Moisés, para narrar la creación y formación de los séres. Con la palabra *Bará*, designa la creación *ex nihilo* del cielo y la tierra, ó sea, de la materia caótica y del hombre, pues aunque el cuerpo fué formado de la materia preexistente, no así el alma, espíritu inmortal. Con *Hasá* expresa que hizo de la materia preexistente el firmamento, los mares, la tierra seca. Con *Yatsar* que formó del mismo modo á las bestias del campo, las aves del aire y los peces del mar. Finalmente con que *Baná*, fabricó ó edificó el cuerpo de la primera mujer, con la costilla que arranco, del pecho del primer hombre. He aquí, pues, un sistema completo de cosmología en que no ha parado mientes Wellahusen. Pero nos apartamos de nuestro objeto. Las palabras que Wellahusen supone modernas, se encuentran en todos los libros anteriores á la cautividad, aun en aquellos que se escribieron en los *primeros tiempos* del pueblo hebreo. *Reschith*, se halla en todos los libros del Pentateuco, en los de los Reyes, los Salmos, Proverbios, Oseas, Job, Miqueas, Isaías etc. etc. (1) *Bará*, significando creación *ex nihilo* se encuentra, según el racionalista Gesenius, en los libros del Pentateuco, los Salmos, Isaías, Eclesiastes, etc. etc. (2) Lo mismo sucede con las

(1) Exod. XXIII, 19. Num. XXIV, 20. Dent. XI, 12. 1. de los Rey. XV, 21. Psal. CXI, 10. Prov. I, 7. IV, 7. XVII, 14. Ose. IX, 10. Mique. I, 13. Job. VIII, 7. XLII, 12. Isa. XLIV, 10.

(2) Gen. V, 1. VI, 7. Num. XVI, 30. Dent. IV, 32. Psal. LXXXIX, 48. Isa. XI, 26. XLV, 12. 18. Ecls. XII, 1.

demás palabras, citadas por Wellahusen. En cuanto á la cultura filosófica, los hebreos, como los demás pueblos orientales, no cultivaron esa ciencia antes ni después de la cautividad; la filosofía griega es posterior también á la cautividad.

No quiero detenerme en la objeción Aquiles de los racionalistas, sacada de una opinión de Astruc, médico francés, que ha servido de base á las innumerables opiniones de los incrédulos, acerca del origen del Pentateuco. Para combatirla en toda su extensión, sería necesario aumentar demasiado las proporciones de este discurso. Baste decir, que la división en documentos *Elohistas* y *Yehovistas*, para deducir la existencia de dos autores distintos, carece de fundamento sólido y no supone dos clases de documentos, sino tantos, cuantos son los capítulos y partes de capítulos de los Sagrados Libros, pues unas veces se encuentra sólo *Elohim*, otras sólo *Jehová*, otras se hallan unidos, otras mezclados sin orden ni concierto en un mismo capítulo, otras usan del nombre *Adonay*, en el que no se han fijado quizá, por desconocer su importancia. El autor usó indistintamente de los dos, ya de *Elohim* nombre genérico, al que estaban acostumbrados los hebreos, y con el que se designa á toda clase de Dioses y á los espíritus superiores al hombre, ya de *Jehová*, nombre propio del verdadero Dios.

También pasaré por alto, el análisis de la palabra *Yom*, con que se designan los días genesiacos. Tanto la filología hebrea, como la filología comparada de las lenguas semíticas, ha demostrado, que la palabra *Yom* lo mismo significa un día de veinte y cuatro horas, que un periodo de veinte y cuatro ó innumerables millones de días, años ó siglos.

Permitidme para terminar, tratar brevemente la cuestión tan debatida, no solo entre racionalistas y católicos, sino aún entre estos últimos. Dice el libro de los Jueces cap. XI, que Jephthé hizo un voto en el que ofrecía á Dios en holocausto, si vencía á los Ammonitas, al primero que de su casa saliera á recibirle. Vuelto victorioso salió á su encuentro su hija única, siendo ella por esta circunstancia, la destinada al sacrificio. La cuestión versa acerca de si Jephthé inmoló á su hija, ó la consagró perpetuamente á Dios. Suponer que Jephthé in-

moló á su hija, es suponer al caudillo hebreo, reo de parricidio; es suponer á los sacerdotes instituidos por Dios para ofrecerle sacrificios, reos de asesinato; es suponer al pueblo de Israel, reo de un crimen. Este crimen podría atribuirse solo á Jephthé, si hubiera inmolado á su hija en el momento de acercarse á él: llenos de terror y asombro los que le acompañaban, no hubieran podido evitar el parricidio, pero habiéndola concedido dos meses para llorar su infortunio, varía mucho la cuestión ¿No sabían el padre y la hija que Dios prohibía los sacrificios humanos? no se lo advirtieron los ancianos de Israel? no se opusieron á ello los sacerdotes que debían llevar á cabo el sacrificio? Los sacerdotes, al menos, no podían ignorar que tal sacrificio era desagradable á Dios; no podían ignorar que ni Jephthé podía inmolarla, porque Dios había instituido un sacerdocio para ofrecerle sacrificios, ni ellos, porque se lo prohibía la ley. Pero veamos lo que dice el texto. Después de quejarse Jephthé, de que fuera su hija la primera que salió á su encuentro, y decirle esta que cumpliera lo que había prometido á Dios, continúa: «Concédeme dos meses, é iré y andaré por los montes, y lloraré mi virginidad; yo y mis amigas. Y dijo (Jephthé) vete; y la concedió los dos meses y marchó ella y sus amigas, y lloraron su virginidad en los montes. Pasados los dos meses, volvió á su padre y cumplió lo que había prometido. Y ella no conoció varón: y fué costumbre en Israel, desde aquel día, se reunían las hijas de Israel, para celebrar á la hija de Jephthé Galaadita, cuatro días cada año.» (1)

Para deducir de este pasaje que Jephthé inmoló á su hija, es necesario violentar el texto Es cierto que dice, «y Jephthé cumplió su voto»; pero á continuación pone estas palabras,»

(1) He aquí la traducción literal del texto: «Et dixit ad patrem suum; facies mihi negotium hoc. Dimitte me duos menses et ibo et descendam super montibus et flebo super virginitate mea; ego et sociæ meæ. Et respondit; vade: et dimissit eam duos menses: et ivit illa et sociæ ejus et flevit super virginitate sua super montibus. Et fuit in fine duserum mensium et reversa est ad patrem suum et fecit ei votum suum quod vovit. Et ipsa non cogno vit virum. Et fuit mos in Israel á diebus quotannis convenient filiæ Israel ad celebrandam filiam Jephthæ Galaaditæ quatuor diebus in anno.

y ella no conoció varón», He aquí, pues, el voto; la virginidad, el mayor sacrificio que podía exigirse á una mujer hebrea, pues permaneciendo virgen, no podía nacer de ella el Salvador; por eso, era un oprobio la esterilidad; por eso, lloró su virginidad y no su muerte; por eso sus amigas lloraron también su virginidad y no la pérdida de su compañera.

Pero es más: según el texto hebreo, las hijas de Israel se reunían cuatro veces todos los años, no para llorar como tradujo la Vulgata, sino para celebrar, *para ofrecer dones* á la hija de Jephthé. Los hebreos no ofrecían dones á los muertos ni les celebraban en el sentido del texto. Para que diga que Jephthé inmoló á su hija, es necesario adulterar el texto, como lo han hecho algunos; es necesario sustituir la palabra *virginitatem* por *necem*, cambiar las letras del verbo *tamah*, para que diga llorar la muerte de alguno, en lugar de celebrarle ú ofrecerle dones. Solo así podrán probar su tesis, mancillando la honra del caudillo de Israel, sin tener en cuenta, que era para las mujeres hebreas el mayor sacrificio renunciar á ser madre del Mesías, que había de nacer de una mujer de aquella nación. Sacrificio inmenso, irredimible porque fué ofrecido en holocausto; sacrificio, que aceptó la hija de Jephthé, pues no conoció varón; sacrificio, que todos los años celebraban las hijas de Israel, cosa que probablemente no hubieran hecho en el caso contrario, pues al celebrar quizá la obediencia de la hija, hubieran celebrado el parricidio del padre, el asesinato de los sacerdotes, el crimen del pueblo de Israel. Déjese el texto íntegro, no se le altere y jamás podrá probarse, que Jephthé sacrificó á su hija, ofreciéndola en holocausto á quien no podía aceptarla.

He aquí, pues, demostrada con estos pocos ejemplos, la importancia de los estudios hebraicos para la exégesis bíblica. Después de lo que precede, no creo necesario estenderme en consideraciones sobre su utilidad; pero si diré dos palabras, para contestar á los que no se atreven á emprenderlos, ó les rehusan por creerles difíciles.

La lengua hebrea, que dejó de hablarse desde los tiempos de la cautividad babilónica, perdió la mayoría de sus raíces, pues solo poseemos una pequeña parte en los Libros Santos, unicos monumentos que se conservan de la lengua

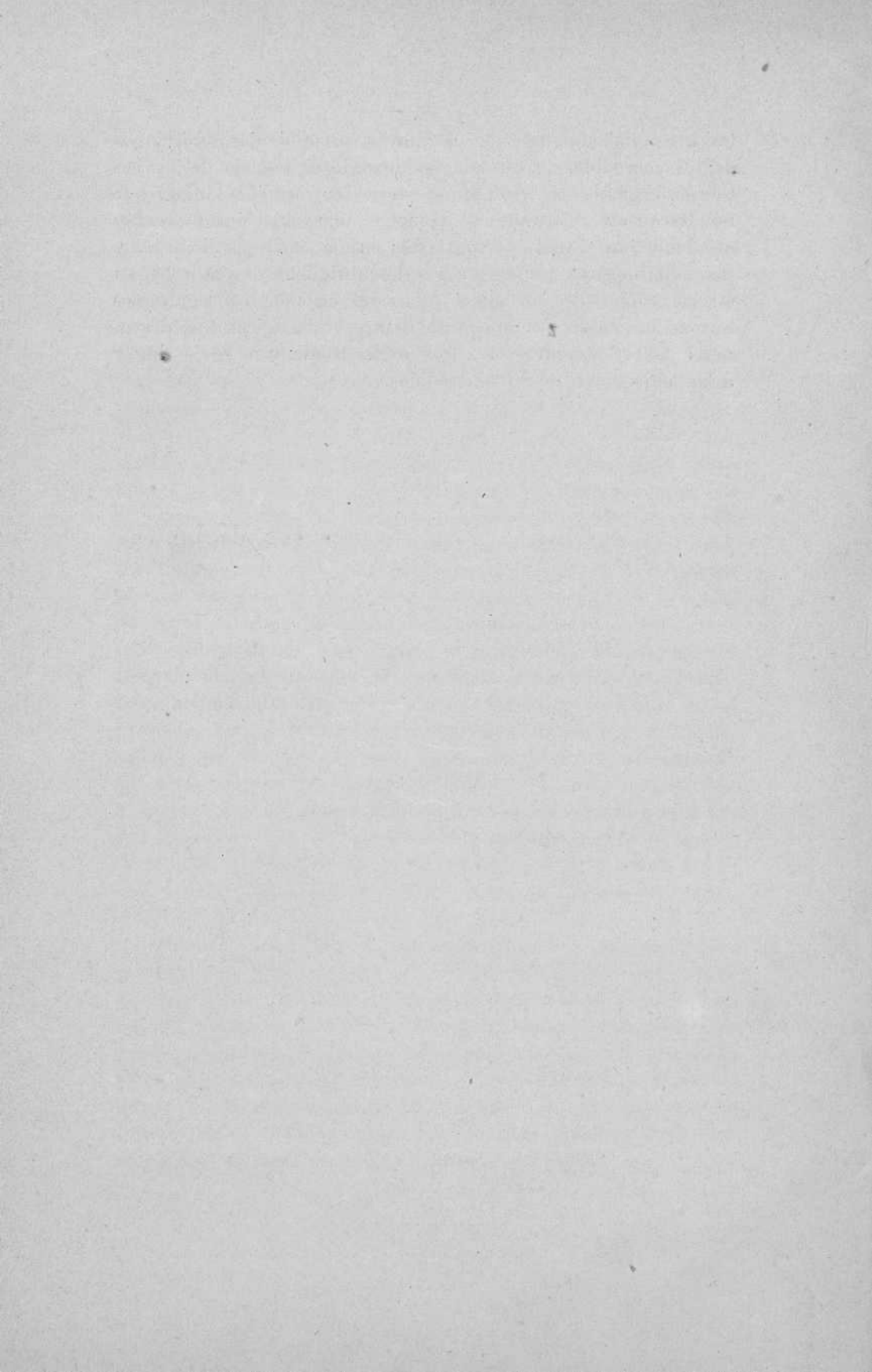
en que Dios se dignó comunicarse con los hombres; pero esta escasez no hace difícil su estudio, sino que solo impide que vueiva á hablarse. Lo que si hacía muy difícil el estudio del hebreo, era la carencia de signos vocales para la pronunciación, y ortográficos que separaran convenientemente las palabras, pero esta dificultad fué vencida por los trabajos llevados á cabo por los Masoretas, desde el siglo VII al XI.

Una vez terminados los trabajos de los Masoretas, empezaron á publicarse gramáticas y diccionarios hebreos. Estos trabajos, rudos en aquellos tiempos les hicieron los judíos españoles, distinguiéndose entre otros David Kimji, Aben-Ezra y Alfonso de Zamora. A los trabajos de estos sabios rabinos, siguieron los del Cardenal Cisneros y más tarde Arias Montano, que dieron nuevo impulso á estos estudios, pues con la publicación de las Poliglotas, empezó á hacerse el estudio comparativo de las lenguas semíticas, formándose los primeros rudimentos de la filología hebrea. Los estudios hebraicos, que habían sido patrimonio de los españoles, pasaron después de Arias Montano á Italia, Inglaterra y Alemania, siendo en esta última, donde han llegado á la perfección que hoy tienen. Después de los trabajos de Schultens, Loescher y otros célebres hebraizantes del siglo pasado, Ewald y Gesenius en el presente, han publicado sus gramáticas, en las que están basadas todas las que se usan en el día. Con los trabajos de los alemanes, se ha conseguido reducir el estudio del hebreo, á un método filosófico que simplifica sumamente la gramática, pues toda la flexión de nombres y verbos, consiste en la aplicación de corto número de principios, que lleva como por la mano al conocimiento de las veinte y dos formas del verbo, y de las veinte y dos variaciones del nombre.

Gesenius hizo más; aprovechándose de los trabajos de sus predecesores, y sobre todo de los conocimientos que poseía de las lenguas semíticas, y de los descubrimientos hechos en Ninive, Babilonia, Borsipa y demás ciudades célebres de los grandes imperios asiáticos, consiguió obtener el verdadero significado de muchas palabras, y sus diversas acepciones, dando así el sentido exacto á la frase. Pero aún hay muchos lunares en la filología, pues hay muchas palabras cuya significación es algo dudosa, y frases cuyo sentido es un mis-

terio, lo cual da origen á la mayor parte de las objeciones de los incrédulos. Esto está reclamando el trabajo de los católicos. Sigamos el ejemplo que nos dan los incrédulos, que no descansan y apenas se resuelve una objeción, presentan otras muchas. Profundicemos pues en la filología hebrea, y uniendo nuestros trabajos á los descubrimientos, que se hagan en las ruinas de las monarquías del oriente, conseguiremos formar un cuerpo completo de doctrina filológica, que desvanezca todos los puntos oscuros de la Biblia, y no deje lugar á las objeciones de los incrédulos.

He dicho.



1.500

2-18

